

El debate sobre el aborto



Dibujo de Magali Lara, 1990

El aborto, una derrota del pensamiento*

Silvia Veggetti-Finzi

Desde hace siglos el aborto, practicado en forma más o menos clandestina, forma parte de las tecnologías con las cuales el hombre busca controlar el nacimiento y la muerte; por consiguiente, la ley 194 de 1978 no instituye el aborto, como muchas veces se sostiene, sino que sólo lo hace socialmente visible y administrable.

Se esperaba de la aprobación de la ley del aborto una secuencia de esta clase: más contracepción, menos maternidades indeseadas, menos abortos.

Aunque los abortos están en constante disminución, no podemos negar que su número es aún excesivo y que la relación entre información y conducta correspondiente no es, en el control de la fertilidad, como la que se descontaba que se hubiera podido esperar. Son cada vez menos las mujeres que abortan porque no saben de la posibilidad de contracepción y emerge, por otro lado, una figura de mujer ciertamente problemática: una mujer instruida e informada que falla en la contracepción y se encuentra de esta manera obligada a recurrir, una o más veces, a la intervención abortiva.

El movimiento por la vida propone, frente a este innegable problema, la cancelación del derecho adquirido a una maternidad responsable y consciente. Pero negar el aborto, criminalizar la interrupción de la maternidad, no identifica el nivel real de los problemas que serían así otra vez reprimidos más que resueltos. Las mujeres no tienen necesidad de ser puestas bajo tutela, como eternas menores, sino de comprenderse y autogobernarse.

*Tomado de *Reti - Pratiche e saperi di donne*, marzo-abril de 1988, Editorial Riuniti Riviste.

El aborto es una conducta que toca fondo respecto de una serie de comportamientos y de actitudes que lo determinan. La mujer que demanda interrumpir la gravidez, siente que le ha ocurrido algo que implica una decisión operativa, pero todo el proceso precedente le resulta opaco. Muchas veces se considera como una enferma de apendicitis aguda que se siente inesperadamente agredida por un peligro interno del que no queda más que liberarse. Pero el estar embarazada requiere una participación preliminar activa, un comportamiento disponible a la fecundación.

Ocurre solamente que tal comportamiento no ha estado inserto en la esfera de la intencionalidad y la conciencia, y la mujer no se siente, por lo tanto, responsable. La llamada "maternidad no deseada" ha sido prioritariamente "maternidad no pensada". En los años 70, la difusión de la píldora anticonceptiva ha producido —en la experiencia psicológica de las mujeres— una disyunción entre sexualidad y maternidad. La relación sexual ha ido equiparándose a los llamados "preliminares", considerados juegos infantiles inocuos. Había aquí, anteriormente, un límite entre el coito y todos los otros comportamientos eróticos, que se acompañaba de un cambio de estatus social. En efecto, la sexualidad completa estaba reservada a la esfera del matrimonio, mientras que el erotismo (que se llamará *petting* en los años 50) era relegado al período de cortejo o mejor, del noviazgo. De esa manera, se hacía evidente que la sexualidad, alcanzado el nivel de la eficacia reproductiva, comportaba un compromiso de pareja hacia el potencial producto de la concepción. Ahora, la liberalización de las costumbres ha implicado el eclipse de esta economía conjunta de la sociedad y de la sexualidad. Disminuido el espantajo de una gravidez no deseada, la familia no está ya autorizada a ejercer control y prohibición, mucho menos la sociedad. La maternidad ha sido relegada, en el curso de una generación, a la esfera de lo privado.

En este ámbito, es necesario analizar qué se inscribe bajo la etiqueta "aborto", demasiado apresurada y demasiado sugestiva para no ser sospechosa. Analizar significa dividir en los elementos constitutivos, distinguir, declinar. La primera diferencia, que nos encuentra a todos complicados, hay que hacerla entre aborto espontáneo y provocado. Lejos de darlo por descontado, esto recuerda que el aborto es, en muchos casos, un acontecimiento natural, una posibilidad que el proceso reproductivo lleva en sí mismo, previsto en su propio programa. Ésta funciona

cuando el producto de la concepción y la situación de anidamiento no están —por uno de los dos términos o por ambos— a la altura de determinados estándares mínimos de eficiencia. Pero la maternidad implica, además de la preparación de un útero receptivo, también la elaboración de un regazo psíquico donde el niño que nacerá pueda ser esperado, esto es, pensado y amado, incluso antes de ver la luz. Si esto no ocurre, se hacen operantes las mismas condiciones de imposibilidad que conciernen al cuerpo. Una mujer no puede vivir su gestación como una incubadora acéfala, porque eso amenaza tanto su integridad como la de su hijo.

Interviene entonces el aborto terapéutico que realiza una imposibilidad, por otro lado ya inscrita en la gestación misma, en su economía psíquica, no menos importante que la somática, ya que no está en juego una vida, sino algo mucho más complejo: la relación entre dos personas. Lo que hace de un agregado de células un hijo es el deseo materno, la capacidad de la mujer para presenciar y anticipar la existencia del otro dentro de sí. Cuando esta donación de existencia, hecha de pensamiento y afecto, falta, no se constituyen las coordenadas primarias del acontecimiento generativo humano. Hay generación sólo donde hay, aunque sea débil o contradictoriamente, una voluntad procreativa, un comportamiento de aceptación y de hacerse a cargo de lo generado. Pero en este punto, no podemos eximirnos de admitir que el aborto no es solamente una ejecución de imposibilidad, sino que comporta también una cancelación de posibilidad, una falta de potencialidad que ineludiblemente plantea problemas.

Sería simple pensar que la mujer que aborta, necesita hacerlo; no elige, no juzga. Sería no hacer justicia a esa inteligencia de la maternidad que nos esforzamos en movilizar. Debemos pensar más bien en una confrontación de fuerzas promotoras y fuerzas negadoras de la maternidad, favorable a éstas últimas. Cada vez que hay un aborto, ocurre un balance que produce como resultado una elección que será obedecida. Es absurdo intervenir para hacer desistir a la mujer de su decisión de abortar en un momento de gran perturbación emotiva, cuando se revela más chantajeable y sugestionable. Sería como si el operador sustituyese a su interlocutora, manipulando un deseo del que no conoce ni la historia ni la estructura. La escucha no admite procedimientos inquisitoriales, y la demanda de saber, cede ante la respuesta preformada. Si debe haber una intervención, debe desarrollarse, con gran dificultad, sobre la elección o

no de la fecundidad, cuando nada es perjudicado todavía en el plano orgánico.

Cada aborto, una historia

Cuando nos encontramos frente a una demanda de aborto, ya ha ocurrido algo innegable. La economía reproductiva de la especie ya ha caído en una historia y ha producido un resultado que es el precipitado de esa historia misma. En este punto, las soluciones parecen dos: proseguir el embarazo o abortar. En realidad, son infinitas para cada mujer, en la medida en que cada biografía es distinta de otra. Con todo, en cierta forma, las historias de las mujeres se asemejan y plantean interrogantes comunes. El aspecto más inquietante del aborto consiste, en mi opinión, en la reincidencia. El psicoanálisis enseña que las vivencias psíquicas que no han sido suficientemente elaboradas vuelven a repetirse con inacabable insistencia. El trauma provoca una "compulsión de repetición" que debe ser interrumpida por una intervención externa que reequilibre las fuerzas en juego. Es necesario que el conflicto psíquico sea llevado a la conciencia para interrumpir la espiral culpa-castigo que hay en la base de muchos abortos repetidos. Como sostiene Carol Gilligan¹, el aborto es una crisis existencial que puede promover una dinámica evolutiva.

Puede ser el momento en el cual la mujer reconoce su propio poder reproductivo y se hace responsable de él, ampliando los límites de su yo. Pero es preciso, para conjurar el potencial regresivo y hacerlo acontecimiento emancipatorio, insertarlo en una historia de la persona, en lugar de devolverlo al deseo inconsciente que lo ha determinado, en una anamnesis médica.

El aborto no reviste siempre el mismo significado en las diversas edades de la vida femenina. Finalmente, su vivencia está condicionada por el tipo de relación sexual que ha provocado la gestación, que puede ser de violencia ocasional o de conyugalidad estable, con toda una gama intermedia entre estos dos extremos.

¹ *Con voce di donna*, Feltrinelli, 1987. La traducción al castellano apareció en el Fondo de Cultura Económica con el nombre de *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, 1985.

Se puede decir que el aborto se inscribe en una compleja relación entre factores personales, biológicos y socioculturales, que lo hacen un evento único, distinto para cada mujer, irrepetible. Pero comprender es también generalizar, y tomará el movimiento propio de un dato cuantitativo que me sorprendió en una encuesta efectuada en 1976 entre las mujeres que demandaban un aborto provocado, por entonces clandestino. En el curso del coloquio preliminar, la mayor parte de ellas afirmaba haberse olvidado, en el momento de la fecundación, de tomar la píldora anticonceptiva; otras reconocían haberse puesto mal el diafragma; otras recordaban haberse equivocado en el cálculo de los días no fértiles; otras más, habían confiado en las garantías que les daba su pareja.

Pasividad, olvido, errores, omisiones, no son, como enseña el psicoanálisis, acontecimientos casuales.

“Todo acto fallido —dice Lacan— es un discurso logrado.” En las lagunas de la intencionalidad, se hace camino el deseo inconsciente de maternidad.

La maternidad se inscribe en este doble registro: por un lado, realiza un proyecto individual y ocupa un lugar central en la construcción de la identidad personal; por otro, irrumpe en la persona como una dimensión extraña e impersonal. Como tal, resulta incomprensible en el interior de las categorías individuales; impensable e irrepresentable, constituye el objeto ideal de la regresión. Pero lo que es reprimido, tiende inexorablemente a retornar, a despecho de toda censura. El modo en que la pulsión reproductiva se impone es, como habíamos visto, el olvido o la desvalorización de la anticoncepción; su fin, la fecundación. Todo sucede a espaldas del cuerpo femenino, fuera de su conciencia. Nada advierte que ha ocurrido en nosotras una fecundación: el cuerpo es mudo en relación con esto. Sólo más tarde, la ausencia de menstruación reclama el reconocimiento psíquico de la maternidad. Pero hay una distancia temporal, que debe hacernos reflexionar, entre fecundación vivida por el cuerpo y gestación pensada por la mente. Es como si el pensamiento cancelase, interviniendo sólo en un segundo tiempo, una separación cuerpo-mente ocurrida en la noche de los tiempos.

Paradójicamente, se encuentran imágenes de fecundidad y maternidad más fácilmente en la fantasía infantil que en la adulta. En particular las niñas —que advierten en el centro de su cuerpo una cavidad receptiva— imaginan contener dentro de sí un hijo que asume la forma de un animalito, de enano, de robot o incluso de un recién nacido.

Es, de todos modos, un ser creado por su cuerpo pensante, por su fantasía maternal. Durante la infancia, juegan a la mamá de modo absorto y silencioso, sin las actitudes exhibicionistas que caracterizan el "jugar a las señoras". Aunque la mayor parte de las niñas vivan en una familia conyugal y hayan experimentado, junto a cada recién nacido, la presencia de los dos genitores, no prevén en su fantaseo la figura del padre. Están solas con su producto y se bastan a sí mismas. Es interesante observar, a este propósito, que existe una extraordinaria analogía entre la fantasía infantil y los mitos de los orígenes, donde es muy frecuente la evocación de una generación partenogenética, de un cuerpo primigenio que genera por sí, sin ninguna fecundación externa.

Las múltiples formas del deseo

Pero en el sucesivo desarrollo de este orden de mitos, se advierte que el deseo femenino de generar por sí, de un parto sin coito, es objeto de la más severa interdicción. Tal deseo es abandonado al tiempo censurado del caos, a lo que ha ocurrido antes de que el principio masculino impusiera el orden.

El pasaje del caos al cosmos corresponde a la separación de la indistinción originaria entre madre e hijo, y a la intermediación del padre. También en el desarrollo individual reencontramos la represión de las fantasías partenogenéticas, a la que sigue la espera del hijo desde el exterior. El útero lleno del imaginario infantil, se sustituye por el útero vacío de la sexualidad genital. En este punto, podemos entender por qué la medicina antigua atribuía toda la fuerza generativa al esperma (espíritu), y consideraba al útero un contenedor inerte, a la matriz como una tabla de cera sobre la cual el varón imprimía la forma. Al borrar la conciencia de una actividad generativa propia, la mujer se rinde totalmente a una relación sexual disimétrica, en la que, mientras que al hombre le espera el valor de "dar la vida", a la mujer solamente le corresponde el de contenerla como una materia pasiva.

El lugar del niño generado por sí de la primera infancia es sustituido, luego de frecuentes angustias de esterilidad, por la espera del

“hijo preconfeccionado”, entregándolo al término de un proceso reproductivo cada vez más secuestrado de lo social. El primer deseo de maternidad y sus fantasmas de partenogénesis, son repentinamente reprimidos, ya que son sentidos como amenazadores para el pacto social. Pero lo que de eso queda en el inconsciente conserva la característica de la omnipotencia infantil para la que no hay nada irreversible y todo coexiste junto a su contrario. Este residuo infantil explica cómo muchas mujeres reconocen haber creído poder controlar la contracepción a través de la fuerza de su deseo, al que atribuyen un poder mágico. El fantasma del hijo reaparece solamente con la adolescencia, al animar la novela interior, la imaginación del futuro.

Pero se trata frecuentemente de una imagen inquietante, que se revela en el temor de muchas adolescentes de ser estériles, o de parir hijos monstruosos, enfermos o locos. En estos casos, la gravidez real, aunque no sea deseada, responde a una exigencia de reaseguramiento sobre la propia fecundidad y sobre la propia prole. Sucede así que la muchacha se encuentra encinta sin saberlo, sin ser consciente de que esta eventualidad ha sido sobredeterminada por una pulsión impersonal de reproducción de la especie que ha activado un deseo, también inconsciente, de probar su eficacia materna. En las mujeres solas, el embarazo no deseado puede asumir el significado de una demanda de matrimonio, un deseo de compañía, una búsqueda de ayuda, de un deseo de donación de sí. No existe un significado unívoco sino que —como habíamos anticipado— la inserción de la reproducción en la autobiografía, la hace una experiencia única e irrepetible, en la que el deseo inconsciente puede ser incompatible con el consciente. Entre ambos puede verificarse una conflictividad insostenible. Pensamos, por ejemplo, en una mujer de cuarenta años felizmente realizada. Puede encontrarse embarazada sin saberlo y no tener claro que su fecundidad fue evocada para reasegurarla contra los procesos de envejecimiento, contra el espantajo de la menopausia. En estos pocos trazos resulta evidente, creo, que la pulsión de la reproducción puede insertarse en diversas dinámicas de identidad y relación, entrar en resonancia con variados cuadros pulsionales, poner a su disposición sus energías e instrumentarlos para sus fines.

Entre biología e individualidad

Que prevalezcan o no las potencias de la biología, depende de una serie de factores difícilmente generalizables, conectados con la situación económica, la relación de pareja, el proyecto individual, la afectividad consciente e inconsciente. Si lo generado no llega a ser aceptado por la madre, significa que ante él no existe esa disponibilidad parental que haga, del feto, un hijo.

Durante siglos, las mujeres han aceptado todas las maternidades, las deseadas y las indeseadas. Pero se trataba de una cultura antropológicamente distinta de la nuestra, con una actitud distinta ante la vida y la muerte.

La decadencia de la superestructura ideológica tradicional implica que la maternidad no deseada sea vivida como una prevaricación absurda e inaceptable de lo biológico sobre lo individual. El aborto es la otra cara de la medalla de la fecundación artificial. En ambos casos, el individuo no acepta ya someterse a un destino, sino que busca, por todos los medios, hacerse protagonista de su historia.

En esta asunción de responsabilidad frente a lo ineluctable reside el potencial ético de la manipulación del proceso generativo, tanto en la promoción cuanto en la interrupción de sus fines.

Cuando el ambiente familiar o las imposiciones sociales condicionan a la mujer a aceptar la maternidad contra su propio deseo, se prepara una predisposición al aborto como reacción al sometimiento. En efecto: hay en la economía psíquica una tendencia a revivir con un sadismo activo lo que ha sido experimentado en términos de masoquismo pasivo.

Si una mujer se siente utilizada para la sexualidad masculina, usada como un objeto y después abandonada, será llevada (siempre por la ley que gobierna la transformación de pasividad en actividad) a realizar los mismos actos ante el ser que depende de ella, como ella depende del hombre.

Por eso, cada crueldad, desafecto, utilización de la mujer, incrementa su agresividad y preconstituye la situación abortiva. La maternidad necesita el soporte de una expectativa compartida. El aborto es, con frecuencia, la salida de la soledad. Por lo tanto, hay que detenerse sobre la modalidad de las relaciones.

El individuo construido por la cultura burguesa del siglo XVIII en adelante ha olvidado la definición aristotélica del hombre como "animal social". En cuanto "animal", el hombre debe aprender a controlar la componente biológica de su vida, a no pensarse autoconcluido y auto-suficiente, porque no lo es.

El tiempo histórico del proyecto de vida debe arreglar las cuentas con el tiempo biológico, que puede en cualquier momento perturbarlo bajo la forma de la procreación o la muerte. Por otra parte, el pensarse como individuo subvalora la profunda y arraigada necesidad de los otros que nos caracteriza. Los otros son, para nosotros, objetos de ese amor y ese odio, aquéllos sobre los cuales proyectamos nuestras expectativas y nuestros temores.

En esta perspectiva, el aborto representa un fracaso del pensamiento moderno, de la egocéntrica y solipsista autorrepresentación del hombre contemporáneo. Es necesario reconocer nuestra relativa importancia en comparación con el germen de la materia vital que nos atraviesa y nos sobrevivirá, aumentar nuestro nivel de conciencia y de autodeterminación. Pero apropiarnos de nosotros mismos comporta, antes que nada, un pensamiento del límite y una aceptación del sacrificio pasional que todo dominio implica.

Más allá del síntoma: una potencialidad terapéutica

La función omnipotente e incondicionada de la sexualidad es un residuo infantil al cual es necesario oponerse, enfrentando el problema de la contracepción como dominio de sí, gestión racional y consciente de la pulsión reproductiva. Un proyecto que implica, como hemos visto, una redefinición de la maternidad que es, además, redefinición de identidad. ¿A quién espera esta tarea?

No es fácil responder. A las mujeres, de todos modos. Pero hay en este proyecto tiempos y modos diversos.

La maternidad comporta problemas individuales y sociales plenamente conscientes, formulables en términos de necesidades. Necesidades de información, de asistencia médica, económica, legal, organizativa y otras más que pueden ser administradas, en estructuras públicas, por operadores preparados para ello, sensibilizados en la relación humana y el respeto del otro que cada acto comunicativo requiere. Pero

también existe la necesidad de repensar la maternidad, de atestiguar que una forma plurisecular de experiencia femenina ya es obsoleta, que detrás de palabras antiguas se esconden experiencias nuevas. La tarea de elaborar conceptos e imágenes diversas corresponde, en mi opinión, a otro componente social: el movimiento de las mujeres. Las dos formas de socialización se integran recíprocamente.

El movimiento de las mujeres tiene tiempos sincopados, estructuras efímeras, memoria lábil, actúa lentamente porque produce modificaciones profundas, mutaciones "genéricas". Sólo en él, el pensar juntas se carga de esos contenidos afectivos sin los cuales no hay experiencia. Sólo el movimiento ha sabido conjugar el pensamiento con el cuerpo, la sexualidad con la maternidad, en la diferencia. Creo que las mujeres deben cumplir un proceso selectivo de maduración que necesita tiempos y lugares apropiados. Hace falta también que hagan silencio dentro de sí, que se protejan de los estereotipos producidos por la cultura de masas, de las ideologías preconstituidas, para recuperar su imaginario, reconocer su deseo, un deseo elaborado por siglos de cultura y, por lo tanto, plasmado en prohibiciones, interdicciones e imposiciones que deforman su imaginabilidad misma. Se trata de construir una identidad femenina que comprenda en sí una dimensión impersonal que no hay que de exorcisar, sino comprender y elaborar.

Si logramos pensar lo materno (quiero dar a este término el valor de un neutro) como una potencialidad plasmable, estaremos en condiciones de sustraerlo a la necesidad del proceso biológico, y de utilizar sus energías como lazo social y creatividad cultural.

¿Quién ha dicho que la reproducción es sólo reproducción de cuerpos? Hemos pensado siempre a la naturaleza como madre omnipotente; cada día se revela más como criatura moribunda, destruida por nuestras intrusiones voyeuristas, manipuladoras, instrumentales y especulativas. Reflexionar sobre la maternidad —a través del síntoma aborto— significa reconocerse parte de la naturaleza, unidas a ella por un cordón vital que no puede ser cortado impunemente.

Un reconocimiento que implica una actitud diferente hacia nosotros mismos y el mundo, en relación con el cual somos llamados actualmente a asumir un comportamiento genitorial, de preservación y tutela. En términos psicoanalíticos, se nos pide superar la fase esquizo-paranoide de escisión y contraposición entre yo y no-yo, reconocer los

componentes destructivos de esta antinomia e inclinarnos sobre nosotros mismos y sobre el otro con *pietas*. Sólo la superación de la omnipotencia infantil puede dar curso a los procesos reparatorios verdaderos y a lazos interpersonales nuevos. Se trata de un programa a largo plazo que sólo una subjetividad colectiva puede pensar y administrar. El malestar de la mujer, del cuerpo femenino, siempre ha implicado (como lo demuestra la plurisecular historia de la histeria) la posibilidad de elaborar nuevos paradigmas científicos, diferentes modelos relacionales. Corresponde a nosotros dotar al síntoma aborto de esta potencialidad terapéutica, transformar el veneno en fármaco, la derrota del pensamiento en un ensanchamiento de la racionalidad.

Traducción: Martha Rosenberg